AUSTRIA.

LOS TRES HOMBRES DE LA MONARQUIA.

A medida que van trascurriendo los dias, sobrevienen acontecimientos, cuya naturaleza nos hace perder gradualmente las esperanzas, que el pasado año concibiéramos acerca de la realizacion de la unidad alemana. Gracias á los manejos de la diplomacia, á las intrigas de los partidos opuestos, y sobre todo al titánico esfuerzo que ha hecho la casa de Ausburgo para salvar su vieja monarquía de las oleadas revolucionarias, que en todos sentidos la combatian, las ilusiones seculares de la raza germánica están en vísperas de evaporarse, como el humo. El espíritu nacional, en lucha abierta con la opinion democrática del pais, ha sido mal aconsejado y dirigido por los abogados y sostenedores de la tradicion histórica, cuyo razonamiento propagandista era tan sofístico, como inútiles son sus esfuerzos hasta ahora para fundar el imperio gigante (EINRISEN REICH).

A nuestro entender, no están aun suficientemente comprendidos en el resto de Europa los heterogéneos elementos que han jugado en los estraordinarios sucesos ocurridos, de un año á esta parte, en el Austria y en la Alemania. La revolucion de febrero fué la señal de la esplosion que estalló simultáneamente en estos paises, y cada movimiento nuevo de razas ha producido antagonismos diferentes, inesperados, maravillosamente esplotados por los amigos de la reaccion.

La raza Techeke, que habita la Bohemia, la Moravia y la Silesia, inició y regularizó en Praga desde un principio el plan de la unidad nacional, á que aspiraba con tanto ardor la familia Slava. Siguieron su ejemplo los demas pueblos del mismo orígen del imperio de Austria, y como los discursos del gefe Techeke, Palaki, manifestasen á las claras las tendencias de la raza Slava, los alemanes del Austria, temiendo ser sacrificados á sus rivales, provocaron el movimiento popular de Viena, que conquistó el sufragio universal, y puso en evidencia las pretensiones del germanismo. Cuando el trono y la aristocracia vieron las marcadas tendencias de la Alemania democrática, reflecsionaron con madurez acerca del partido que podian sacar de los mismos combustibles hacinados para la grande hoguera que debia reducir á cenizas el antiguo sistema político de Meternich. Y es preciso confesar que la celebrada sagacidad de esa aristocracia no se ha desmentido un solo momento en las convulsiones que está padeciendo el cuerpo social y político en la actual crisis, cuyo desenlace no es fácil hoy conjeturar.

Pero las aspiraciones del espíritu Techeke no era regular conviniesen á la córte imperial, que no ignoraba que en la ciudad santa de Ziska, en el antiguo asilo de la doctrina de la fraternidad, se trabajaba por la nacionalidad basada en la democracia. Tambien parece que los Bohemos conocian las intrigas tenebrosas de la aristocracia de Viena, cuando en su impaciencia por saber á punto fijo el partido que abrazaría la familia Imperial, se lanzaron á las calles en Praga, cuyo bombardeador Windisgraetz tuvo una brillante ocasion de sacrificarse por la causa de su Emperador.

Jellachich, Windisgraetz y Radetzky han sido las tres áncoras que han sostenido la zozobrante nave del Estado. Jellachich representa el Austria nueva, *Slavizada*; Windisgraetz y Radetzky á la vieja monarquía. Los tres generales son hoy los primeros hombres de ese sistema de resistencia que no sabemos cómo terminará.

Escusado nos parece buscar antecedentes de estos personajes, cuando para pintarles basta solo reasumir su vida política, á partir desde que dieron principio las escenas grandiosas á cuya ejecucion asistimos.

Las gravísimas circunstancias políticas en que se hallaba el reino Lombardo-Veneto, producidas por la agitacion general de la Italia, empeñada en la via de las reformas por el Pontífice, indujeron á la Cancillería de Viena á confiar el mando de la Italia Austriaca al anciano y esperimentado Mariscal Radetzky, persona de grandes conocimientos en la milicia, y que en las guerras contra el imperio francés se habia distinguido por hechos de armas, y el buen desempeño de importantes comisiones encomendadas á su reconocido celo y actividad. El Archiduque Regnyer, Virrey del Lombardo-Veneciado, el *Juan Lanas* de la casa imperial, como le apellidan comunmente los que conocen el fondo de su carácter brusco si, pero no maligno como el de la Archiduquesa Sofia, esposa de Francisco, padre del jóven Emperador que acaba de ascender al trono, fué relevado en el Virreynato por el antiguo ayudante de campo de Melas en la batalla de Marengo.

El ejemplo de los diversos estados italianos que renacian á la libertad, estimulando poderosamente á los Lombardos, dió orígen al combate sangriento que los indefensos Milaneses empeñaron en el recinto de la ciudad con sus mortales enemigos, á quienes arrojaron de sus formidables posiciones, obligando á todo el ejército austriaco á evacuar el pais. Coincidiendo con esta derrota otros peligros que cercaron por aquel entonces el trono de Fernando, creiase que la disolucion de la monarquía estaba en vísperas de ser un hecho consumado. La raza latina secundaba el plan de la resistencia comenzada por la nobleza húngara; y el germanismo volvia á poner en jaque á los Césares en Viena. En tal conflicto Radetzky en la Italia, y Windisgraetz y Jellachich, en el resto del imperio, se presentaron como los genios tutelares de los Ausburgos.

Con la toma de Peschiera y la jornada de Goitio Cárlos Alberto imaginó que tenia en sus manos los ulteriores destinos de la Lombardía y Venecia. Pero la capitulacion de Milan, oscureciendo los timbres del ex-carbonario monarca del Piamonte, entregó á Radetzky su presa por un momento escapada. Mas que á la pericia militar del octagenario Mariscal debe atribuirse á la constante política de la casa de Saboya la esterilidad de los esfuerzos, hechos en pró de la independencia por los italianos. Sin juzgar á Cárlos Alberto, podemos apreciar el mérito contraido por Radetzky para con su amo y Señor, por el terror que han esparcido en toda la península las atrocidades cometidas por ese ejército, oprobio de la humanidad. La hoja de servicios, pues, de Radetzky está consignada en los asesinatos, en los incendios, en la devastacion que por todas partes han llevado sus hordas. En el siglo XIX, en medio de la civilizacion que le distingue, no se concibe el vandalismo que osan ostentar con descaro para cohonestar sus pretensiones, los amigos de la vieja sociedad que se derrumba. Rechazamos la violencia y la opresion donde quiera que se manifiesten, y sentimos que no se verifique la trasformacion europea pacíficamente, puesto que es inevitable y necesaria. Derechos que solo se apoyan en la fuerza; razonamientos que estriban en el cañon y la metralla, no pueden adquirir las simpatías de la razon colectiva de la especie humana, que condena y anatematiza las sangrientas bacanales que se oponen como argumentos únicos contra los que invocan la justicia. Todos los dias se repite que los principios que rigen á las sociedades son fijos é invariables, como que están basados en la equidad y la justicia. Sin embargo, el derecho público de las naciones,

definido hasta la saciedad por los publicistas de todas las escuelas, cada vez es mas oscuro y falso; al menos en la aplicacion práctica que de él se hace, se observan las reglas mas equívocas y acomodaticias. Contribuyen á aumentar estos desórdenes en el dominio intelectual, las estudiadas apologías que dedican á la santificacion de estos escesos repugnantes los que se dicen amigos de la sociedad y de la eterna moral.

Esto, ademas de probar la actual fermentacion universal de las pasiones, manifiesta lo cambiados que están los papeles en la escena del mundo. Hasta la razon pierde muchos quilates de su valor, invocada por los hombres del terrorismo y de la fuerza material. Para los hombres que discuten con conciencia, discurren con criterio y razonan de buena fé, es incuestionable el derecho de la Italia á su independencia y libertad. Podrian objetar algunos que es preciso ganar por la conquista estos preciados bienes para poseerlos. Pero si se establece que no se han de poseer otros derechos que los obtenidos por la fuerza, y de ningun modo los que únicamente provienen de la equidad y de la justicia, las insurrecciones victoriosas, cualquiera que sea el motivo que las dé orígen, no pueden ser condenadas tampoco por los partidarios de la fuerza bruta; pues ya se sabe que el SALARIO que sigue á la victoria de las insurrecciones, constituye lo que se llama un *derecho adquirido*. Asi, por no estar acordes las escuelas políticas en los principios que sirven para regir á las sociedades, se pierde uno en el laberintoso terreno de las teorías que respectivamente establecen, y de las que deducen doctrinas monstruosas y detestables.

Porque, á la verdad, es preciso no tener sentido comun para confesar que hay el menor átomo de justicia y de moralidad en la dominacion, que, á nombre de *antiguos derechos*, ejerce en la Lombardía el Mariscal Radetzky. Y, sin embargo, obsérvense sus órdenes y sus alocuciones y se verá los esfuerzos que en ellas hace para sentar *principios sagrados*, y *patentizar la justicia*, que acompaña á su posesion.

Mucho ha contribuido Radetzky á conservar esa preciosa joya que tiene que caer de la corona imperial; pero al reconocimiento de sus amigos vá acompañada la odiosa celebridad que se ha conquistado ese viejo achacoso, que ni aun puede montar á caballo, pero que, colocado una vez sobre los estribos, aguanta las mayores fatigas, y sabe dictar con la mayor sangre fria las órdenes mas terribles.

Su mas celoso imitador es Windisgraetz. En la campaña de 1814 mandaba el regimiento de Coraceros del gran Duque Constantino. Sabido es el carácter imperioso y altanero que distinguia al gran Duque Constantino: un dia, estando al frente del regimiento en Viena, creyendo Windisgraetz haber observado un gesto de mal humor en Constantino estubo á punto de matarle. En sus maneras y en sus hábitos, Windisgraetz es un verdadero leudo de la edad media. Por línea materna desciende del famoso Wallenstein, cuya herencia ha querido disputar no ha mucho tiempo á la corona por medio de un litigio. Posée bienes inmensos; y aunque es Slavo por su nombre y su orígen, ha renegado de su casta, metrallando á los habitantes de Praga y disolviendo su primer congreso nacional. En la insurreccion de esta ciudad perdió á su mujer y á su hijo, y vióse muy espuesto á que las balas de los bohemos acabasen tambien con él. Su adhesion á los Ausburgos es sin límites, y, como representante de la antigua aristocracia alemana, desde que se ha germanizado está decidido á sacrificarse por el absolutismo del Austria, á fuer de buen continuador de la política de Meternich. En los fusila-

mientos de Viena ha demostrado toda la sanguinaria ferocidad de Wallenstein. A diferencia de su cólega Jellachich, Windisgraetz odia á los Slavos, y la federacion democrática que proclaman los mismos, es un obstáculo grande para la centralizacion que desea el generalísimo de las tropas que operan en Hungría. ¡¡Horroriza el relato de los fusilamientos verificados por los agentes de este activo ejecutor de las altas obras imperiales!!

Su rival en el dia, y su enemigo probablemente en lo futuro, es Jellachich. Slavo de pura sangre, como él dice, é identificado con el movimiento de concentracion de razas y de nacionalidad, que predomina entre los slavos, el Ban de Croacia mira la cuestion vital del Imperio por un lado muy diverso que Windisgraetz y Radetzky. En la última revolucion de Viena, Josef Jellachich no vió mas que á los aliados naturales de sus enemigos, los Magdyares, y abandonando á toda prisa las inmediaciones de Pesth, volvió al frente de la capital Austriaca con su ejército. Si el fondo del movimiento de Viena hubiese sido democrático, como fué, por una torpeza, que aun hoy llamamos inconcebible, completamente nacional, tal vez Jellachich no hubiera combatido en Viena contra los enemigos de los slavos. Pero la cuestion de nacionalidad ha embrollado en esa Alemania diferentes veces la de principios; y el germanismo, poco sagaz en sus primeros ensayos, háse visto luchando con elementos homogéneos en principios políticos, y adversarios, á la vez, en el terreno de preponderancia de razas. La perspectiva, pues, de la absorcion no se ha apartado un solo momento de la imaginacion de las varias nacionalidades del Imperio austriaco, é intimidándolas á todas, las ha arrojado fuera del centro de la esfera de actividad en que debian haber obrado únicamente.

Ignóranse los destinos del Ban en la monarquía Slavizada; pero lo que se puede asegurar es, que no será el Emperador de la Ilyro-Bohemia, aunque cuente para ello con algunos miles de pretorianos á su disposicion. El Techekismo sería un valladar para su mismo ídolo, el dia en que Jellachich faltase á sus solemnes promesas. Si se generaliza la guerra en Europa y se empeña el combate entre el germanismo y el slavismo, se ofrece un porvenir brillante para el futuro virrey de la Slavia Meridional; porque es probable que en semejante contienda intervenga el Tzar, que acecha con atento ojo los progresos del *Panslawismo*, y muy posible tambien que las aliadas naturales entonces de la Germánia fuesen las razas latina y Magdyara. En este gran dualismo es presumible el papel del Baron Jellachich.

En sus primeros años parece que recibió una educacion esmerada en el *Theresianum* de Viena. Destinábanle sus padres á la carrera de la Administracion civil, para lo que habia hecho sus estudios en ese celebrado colegio: pero despues de haber estudiado leyes, entró en la milicia, donde sus ascensos han sido tan rápidos, como notables su valor y conocimientos en el arte. Dieziseis años hacia que vivia en la Croacia su patria, cuando los acontecimientos estraordinarios de su pais le colocaron á la cabeza del movimiento slavo-croata. Sacando todas las ventajas posibles de su posicion social y de la situacion en que la revolucion general colocaba al Austria, se encuentra hoy trasformado en el hombre mas necesario de la monarquía. Mas fácil le será imitar el ejemplo de Mehemet-Alí, que labrarse la corona para sus sienes; pero á los 47 años de edad, con la reputacion de ilustrado y de bravo militar de que goza, está destinado, sin duda, á eclipsar las estrellas de sus dos rivales, Radetzky y Windisgraetz. La audacia de Jellachich solo es comparable con su astucia.

Cárlos Alberto ha vuelto á emprender al frente de su ejército el camino de

Milan. La Italia central, Roma y Toscana, apoyarán con todas sus fuerzas la cruzada de la independencia: la Sicilia rechaza el *ultimatum* del Rey de Nápoles; la Hungría resiste con energia y vence á los generales del Austria; la Rusia aparenta querer salir á las tablas abandonando los bastidores; los príncipes Alemanes no reciben mas órdenes que del telégrafo de Petersburgo: se esperan, de un momento á otro, nuevos personajes en la escena del drama Européo....

¿Cuál será el porvenir de esa Austria tan comprometida con el espíritu aleman, sin tradicciones ya, sin fé, y espuesta al vendabal de la revolucion tanto como á los *estragos* del *panslavvismo* dizfrazado del Tzar?

Agustin Mendía.

SONETO.

A. P.....

¿Qué será que al olor de un suave aroma
para mí mas mortífero que el rayo,
cayó todo mi ser en tal desmayo
que enferma mi alma á tierra se desploma?
¿Qué será que me mata una carcoma
haciéndome soñar rosas de Mayo,
y siento un mal, si el corazon esplayo,
como el de Adán cuando gustó la poma?
Amor debe de ser: y amor certero
que, como suave aroma ó vil gusano,
entró invisible á destrozarme fiero:
Mas ¡ay! yo gozo en su rigor tirano,
pues al morir del mal que por él muero
no sé qué placer siento sobre-humano.

Gabriel Estrella.

SONETOS. (1).

VII.
LA JUSTICIADA.

A tierras de Aragon de su Castiella
Viénese á mas andar un su veguero,
Al Justicia mayor de mensajero,
E que, mas que en saber, en ruin descuella.
E á son sonó su fabla de querella,
E al buen Justicia reprochó altanero,
Fasta que este, firiendo su tablero
A rudo puño, los sus labios sella.
E conosciendo su roïn stolticia
Con que sus partes denostar pretende,
E que en non justiciar ésta malicia
La pro suya é del reino desatiende,
Ca manca fincaria su Justicia;
Tomó al veguero, é lo enforcó por ende.

VIII.
EL APELLIDO.

Hileras de Aragon pasaba en muestra
El Justicia por graves menesteres,
Ca el Rei con hueste armada é sus enseres
Entrada daba al Franco asáz siniestra.
«E non deis paz (gritaba) á vuestra diestra
«Sino en niños, infantes é mugieres,
«Cá ferir é matar vuesos deberes
«Son hoi por lei de Dios é por lei nuestra.
«E del Rei el atuendo é la persona
«Non empezcan los botes de las lanzas
«De quien de bueno é de leäl blasona;
«Cá non es nueso Rei, ni por membranzas,
«Quien su esceptro non mete é su corona
«Só los fueros del reino é las usanzas.»

IX.
LA JUNTA DE CASPE.

Juntados á facer Rei, segun fuero,
Estragos de armas é ambicion dañina
Temiendo asáz, é á su virtud en ruina,
Presentóse del pueblo un mensagero.
E á la Junta fabló recio el pechero
Con muy sotil é mística dotrina,
E tolesciendo espantos muy aïna,
Así parló en son grave é altanero:
«Que á cabildo el campano alto repique,
E Vicente empinado asáz bastante,
La lei del senyor Dios bien les esplique.
E tenga su honra é su saber delante,
E sin que miedo á error les mortifique,
Fagan Rei de Aragon á su talante.»

Manuel Lasala.

(1) Véase el número anterior.

LOS SIETE NOVIOS DE LA BELLA JULIA.

NOVELA ORIGINAL DE D. M. LARRAZABAL.

(Continuacion.)

CAPITULO VII.

De cómo mientras la encantadora María sufre lo que no es creible, Zamallon y *su hermana arman una comorra de Barrabás, que apacigua el Señor de* Traga-espedientes, *y en el que de paso tambien se refieren varias consultas del licenciado* Pandectas.

Asi que el tolerante ex-tribuno D. Pantaleon Hermógenes de *Zamallon* llega á su casa en compañía de Doña Tiburcia y de María, y sin dar lugar á que esta descanse un solo momento de la fatiga que ha sufrido en los Arcos con las tremendas coplas del infeliz *Sinalefa*, la dice con voz imperiosa que tiene por precision que comunicarla cierta noticia de la mayor importancia, para lo cual es necesario que le siga á su despacho. María, como hija obediente y sumisa, cumple la órden de su padre, entrando detras de él en la estancia designada. *Zamallon* despues de cerrar la puerta toma posesion de su mullida butaca, y manda á su hija que se siente tambien en la silla mas prócsima al bufete.

—Querida hija—la dice—hoy es el dia en que la suerte se nos presenta mas propicia que nunca, convidándonos con un porvenir bien alhagüeño, y que á no dudarlo hará que nuestro nombre figure entre los mas esclarecidos que se conocen en la sociedad; pero para que todo esto se realice á medida de nuestros deseos es necesario una sencilla aceptacion por tu parte. No trato de forzar tu voluntad; vas á cumplir dieziocho años, y por consiguiente tienes bastante juicio y discernimiento para conocer que el desperdiciar una buena ocasion suele muchas veces traer fatales consecuencias.

—Pero, papá, ¿qué especie de felicidad es esa que nos brinda con sus goces sin ecsigir otro sacrificio que mi aceptacion?

—¡Oh es muy grande! hija mia. Ya conoces á D. Eustaquio *Traga-espedientes*, ex-Diputado á Córtes, condecorado con infinidad de cruces de distincion, y que ademas goza de una influencia sin límites en Madrid; pues bien, ese hombre tan visible y esclarecido se ha dignado pedirme tu mano.

—Y qué ha contestado V. papá?

—Que por mi parte estaba pronto á otorgarle lo que me pedia; pero que era necesario consultar tambien tu voluntad.

—Ha hecho V. muy bien en ponerle esa cláusula, pues de este modo no queda V. desairado si yo no acepto la proposicion.

—Pues qué, María ¿no quieres por esposo al hombre mas *visible* de la sociedad?

—Si tiene muchos años: casi puede ser mi abuelo.

—Cierto es que cuenta ya con sesenta y seis años, pero aun conserva el lozano corazon de su juventud; y por otra parte su magnífica posicion, supera este pequeño obstáculo.

—A mí, papá, si he de ser franca, no me fascinan el nombre y los títulos de un hombre que jamás puede inspirar amor.

—Eso es: preferir el amor, palabra vaga en estos tiempos, al rango, á la posicion mas encumbrada de cuantas se conocen en el dia.

—Lo que prefiero, papá, es solo no separarme jámás del lado de V.

—Si, vivir oscurecida, mientras que por tu hermosura, riqueza y al lado de D. Eustaquio *Traga-espedientes* podias figurar entre las mas elevadas categorías—y dando Zamallon una espresion todavía mas séria á su rostro, continúa—Hija ingrata y desobediente ¿asi cumples los mandatos de tu padre? ¿asi respetas los años y las canas del que te dió el ser? Pero quizá no esté lejano el dia en que te arrepientas.... quizá algun dia te pese.... —Viendo Zamallon que su lenguage *tolerante* no ha producido ningun efecto en su hija, quien al oir estas últimas palabras *suaves* y de *persuasion*, ha empezado á llorar á lágrima viva jurando allá en su interior la fidelidad mas completa al amor de Eusebio, conociendo, pues, el ex-tribuno D. Pantaleon el poco ó ningun fruto que puede esperar de la plegaria dirigida á María, sale de su despacho hecho un energúmeno y un basilisco, y dispuesto á armar camorra con el primero que le salga al encuentro.

A los pocos momentos de haber salido el patricio de su estancia, en la que se ha quedado la infeliz María suspirando, entra su querida madre, quien al ver á su hija tan abatida, la hace las preguntas que en tales casos se emplean. María, que para su madre nada tiene reservado porque es su único apoyo, la cuenta con la sencillez de una niña todo lo que ha pasado. Doña Pilar, que es una señora nada orgullosa, y si muy amable, que tiene como se suele decir mucho mundo, y que por otra parte ama con delirio á su hija, la dice entre otras cosas consolatorias, que no se apure, pues que pasará la nublada y con ella el mal humor de su esposo. Que lo que por entonces importa, es no presentarse delante de él, y que asi comerán las dos solitas dejando á Zamallon la mesa libre. Doña Pilar conoce á fondo el génio irascible de su esposo, y sabe tambien que para que se le pase no hay como no hablarle ni una palabra y evitar la ocasion para que él no suelte la lengua.... Escelente mujer la que echa mano de tales medios, para que el hogar doméstico no se convierta en un infierno!

Doña Tiburcia y su hermano se hallan á la mitad de la comida, y todavía ninguno de los dos ha dicho esta lengua es mia, y eso que ambos tienen sobradas ganas de soltar la tarabilla; pero sin duda esperan que llegue la ocasion para verificarlo. Ambos hermanos parecen á dos gatos antes de entrar en lucha, que se miran y remiran aguardando á que uno eche la zarpa ó haga el menor movimiento para empezar la contienda. La tempestad está prócsima á reventar con grandes truenos; mas ninguno de los dos vientos contrarios sopla todavía con furia, y solo de vez en cuando se deja sentir alguna ráfaga.

—¡Jesus, y qué chuletas tan duras! dice D. Pantaleon.

—Pues á mi me parece que jamás han estado tan tiernas, contesta Doña Tiburcia.

—Yo digo lo contrario, replica Zamallon.

—Qué delicado está hoy su señoría! No parece sino que acaba de venir de algun hotel de París!

—Tú si que parece que has acabado de llegar de algun figon, en que no te han dado á comer sino viandas de tres al cuarto.

—Hermano, poco á poco con lo del figon, que ya se me van atufando las narices de oirte tantas desvergüenzas! Has de saber, que mi boca es tan buena como la tuya, y que cuando eras dependiente comías las patatas y berzas sin aceite, mientras yo me regalaba con buenos corderos.

—Ea, Tiburcia; calla y no des motivo con tu charlatanería á que nos oigan los sordos.

—Digo la verdad; desde que has hecho unos cuartos, gracias á mi ayuda, y te das ese tono, no hay quien te aguante: ¡vaya con el señoron improvisado!....

—Tú si que eres la señora improvisada! acuérdate de cuando andabas haciendo cocos al tambor francés; á fe que entonces no gastabas papalinas, ni cofias, ni tampoco te bañabas en esencias.

—A ti nada te importa que haya hecho cocos á un tambor; y de aqui en adelante métete en tu camisa.

—Y tú en la tuya; me entiendes, hermana?

—¿Pues qué facultades tienes para tratar de una manera tan atroz al jóven elegante que conmigo estaba hablando en los Arcos?

—Las que me asisten y me concede el derecho.

—Tú no tienes ningun derecho respecto á mi.

—Lo tengo sobre mi hija y te lo habia confiado; pero he visto que en vez de usar de él lo has despreciado sin duda por el soborno, y en la ocasion mas crítica, cuando la felicidad llamaba á nuestra puerta.

—Yo no soy curadora de nadie: y sobre todo has de saber que el jóven no ha venido por tu hija, sino por mí.

(*Se continuará.*)

RESOLUCION SOLTERIL.

No ha mucho que por las nubes
Estaban los casamientos,
Y á la gente ahora le ha dado
Por adorar á Himenéo.
¿En qué consiste tal cosa?
¿Porqué han variado los tiempos?
¿Han mejorado las hembras,
O el varon loco se ha vuelto?....
Yo, que he corrido diez años
Borrascas mil de soltero,
Sin que nunca naufragára
Del mundo en el mar inmenso;
Al ver á tantos que doblan
Al yugo su dócil cuello,
De uncirme tambien al carro
Buenas tentaciones tengo.
¿Mas cómo ¡ay de mí! si nunca
Separo del pensamiento
Ciertas ideas que hieren
El corazon y el cerebro?
Ademas, cuando ecsamino
Las cualidades del secso,
—*Hermoso* si bien nos quiere,
Y si no nos quiere, *feo*,—
En una imágen de diosa
Trazas de demonio encuentro,
Y yo no estoy por Luzbel
Aunque se parezca á Vénus.
¿No es ella, la linda Amalia,
La de los rubios cabellos,
Quien alhaga á su marido
Por que la compre un sombrero?
Pues vedla ya amotinada,
Lanzando rayos y truenos,
Porque su esposo la dice
Que está escaso de dinero.
Paquita, la melancólica,
La esposa de Rebolledo,
No se enfada... se desmaya,
Y hay que llamar á los médicos.
Doña Anastasia, señora
De unos treinta y cinco eneros
Y diez arrobas de carne,
Por andar en devaneos,
Ni plancha la camisola,
Ni da una vuelta al puchero,
Ni remienda los pañales
Ni cuida al niño de pecho.

Una vende la peluca
De su esposo por un perro;
Otra al suyo deja pobre
Por comprar santos de yeso;
Y casi todas admiten
Compasivos Cirinéos
Que á sus maridos ayuden
A llevar... pues!... yo me entiendo.
En vista de tales cosas,
¿Yo casarme? ni por pienso.
—Es que las niñas hoy tienen
Mas cándidos sentimientos.
—Corriente, serán muy buenas,
De comedidos deseos;
No gritarán como sordos;
No habrá soponcios ni enredos;
Serán limpias, hacendosas,
Remendarán los pañuelos,
No engañarán á sus novios,
Ni les pondrán... pues... aquello!
¿Mas quién me asegura á mí
Que en cambiando de bisiesto,
Es decir, cuando se casen,
No han de variar de genio?
Yo conozco señoritas
Que eran de virtud modelo;
Mas al dejar el estado
Conocido por *honesto*,
Dejaron la honestidad
Muy mal parada por cierto;
Y, soy franco, no me gustan
Ni liviandades, ni cuernos.
Sé que hay algunas, muy pocas,
Que profesando amor tierno
A sus esposos, serán
De fidelidad ejemplo;
Mas es difícil hallarlas,
Y mi destino tan negro,
Que nunca diera con ellas
Aunque bajára al infierno.
Ademas, si yo encontrára
Uno de tales portentos,
Quizá indigno me creyera
De esa dicha, lo confieso.
Tal vez no me atrevería
A ajar con mi impuro aliento
Flores que solo de un ángel
Deben recibir los besos.
Renuncio, pues, á casarme;
Como me estaba me quedo:
Mal grado los moralistas,
Al solterismo me atengo.
Salten otros á la plaza,
Que es su legítimo puesto:
Yo, aunque los toros me gustan,
Veré los toros de lejos.

José Manuel Tenorio.

DON MIGUEL DE MAÑARA.

(*Cuento tradicional.*)

I.

LA CALLE DEL ATAHUD.

La calle del *Atahud*, situada en una de las estremidades de Sevilla, ha sido por largo tiempo el teatro de infinitas tradiciones populares, nacidas, ora de su posicion topográfica, ora del orígen de su estraño nombre, ora de su singular aspecto melancólico y sombrío. Perteneciente al antiguo departamento de la Alhamia ó Judería, fue por algunos años el estrecho círculo á que tuvo que reducirse la desgraciada raza hebrea, tan inhumanamente perseguida por los mismos que no hacia mucho habian recibido de ella su civilizacion y su cultura.

Segun consta de un antiguo manuscrito, copiado de otro que poseia D. Juan Suarez de Mendoza, estrechados los judíos y barbaramente perseguidos por los cristianos, formaron junta los mas poderosos de Sevilla, Carmona, Utrera y otros puntos de Andalucía, con el objeto de alistar gente á su partido y oponer alguna resistencia á los continuos escesos de que eran inocentes víctimas. *Susona*, hija del

caudillo de los hebreos, y célebre por su hermosura y seductoras gracias, tuvo el vil atrevimiento de acusar á su padre de gefe de la conspiracion que se tramaba: «por «lo cual prendieron á los que la componian, segun dice el citado manuscrito, cuyas «causas sustanciadas les impusieron las penas que les correspondian; y cuando lle- «varon á quemar á *Suson* le iba arrastrando la soga con que le llevaban amarrado, y co- «mo él presumia de gracioso, dijo á uno que iba allí: *Alzadme esa toca Tunezí.*»

Arrepentida la hermosa *Susona* de la vida licenciosa que hasta entonces habia llevado, y de la horrorosa muerte de su padre, á la que de una manera tan directa habia contribuido, determinó retirarse al cláustro siguiendo los sanos consejos del Obispo Don Reinaldo de Romero. Muy poco duró esta abnegacion religiosa, volviendo en breve á sus antiguas liviandades, y á seguir en la senda de la prostitucion y los vicios que de antemano se trazára, hasta llegar á tal miseria que vino á ser *amiga de un especiero*, valiéndonos de las palabras del referido manuscrito.

Muerta la hija del malhadado gefe de la conspiracion judía, fue depositada su calavera, segun dejó encargado en su testamento, en la misma calle donde habia llevado una vida tan disipada, imponiéndosele desde entonces el nombre de calle del *Atahud.*

Con precedentes tan estraños y de tan mal agüero, segun las preocupaciones reinantes en el siglo XVII, fácil es adivinar el misterioso respeto de nuestros abuelos hácia tales sitios. Quién pretendería ver alzarse terribles fantasmas por donde quiera; cuál otro, aseguraria haber oido en el silencio de la noche los espantosos chillidos de un egército de brujas cabalgando sobre palos y celebrando sus orgías.

. . . . . .

Sin embargo, en las altas horas de una de las crudas noches de invierno, un hombre atravesaba rápidamente la oscura y tortuosa calle del *Atahud.* Ni el viento que silvaba espantosamente, ni la lluvia que descendia á mares, eran bastantes á interrumpir la marcha de aquel hombre que continuaba presuroso su camino.—¿Sería tal vez una sombra que, aprovechando la oscuridad de la noche, se levantaba de su tumba á vengar algun crímen sobre la tierra? ¿O acaso algun ánima en pena que venia á este mundo á implorar sufragios de los hombres?—Nada menos que eso. Aunque ni una estrella, ni un débil rayo de luz enviaba el cielo para distinguir á aquel hombre, sus pisadas se sentian claramente, escuchábase el sonido de su espada, y el ruido que hacia el viento al rozar la ligera capa que le cubria hasta los ojos. Tan estraña vision, en el sitio y en la época á que nos referimos, hubiera puesto pavor en el corazon mas valeroso.

Apenas el incógnito personage hubo llegado á una de las casas de mas rara apariencia de aquella calle casi intransitable, dió un fuerte puntapié en la pequeña puerta, y meciéndose esta algunos instantes sobre sus enmohecidos gonces, dejó franca entrada al desconocido caballero.

—¿Quien vá? preguntó una voz cascada y balbuciente que salia de aquella habitacion cenagosa y casi subterránea.

Ni una palabra contestó aquel á tan natural pregunta.

Una luz empezó á divisarse en el fondo de la casa, apareciendo en seguida una asquerosa vieja con un mugriento candil en la mano, que alumbraba débilmente el largo y estrecho callejon que los separaba.

—¿Quien vá? volvió á preguntar con voz mas agitada.

—¡Buenas noches, linda *Susona*! dijo el desconocido, con acento sonoro y varonil, añadiendo una ruidosa carcajada.

La buena muger retrocedió algunos pasos, pero repuesta algun tanto de su sorpresa, dijo:

—Decidme ¿quien sois? ¡voto al diablo!

Pronunció estas palabras con voz tan firme y de una manera tan formal, que su interlocutor no pudo menos de prorrumpir en otra carcajada. Esto la irritó tanto, que dando una fuerte patada en el suelo, hizo saltar el fango de aquel sucio pavimento.

—¿No me conoceis, maldita vieja? Soy.... vuestro querido.... hermosa *Susona*, añadió el caballero, con voz afectada y repitiendo su habitual sonrisa.

Luego que se acercó el desconocido y se hubo desembozado, esclamó la vieja llena de gozo:

—¡Vos por aquí y á estas horas cuando tan oscura y tempestuosa está la noche!

—Ya lo veis. Esto me acredita de vuestro mas fiel parroquiano. He prometido no faltar ni una noche siquiera. ¡Qué quereis! He tenido la desgracia de comprender el mundo al revés que los demas hombres. Cuando ellos descansan, yo quiero gozar; cuando ellos temen á los truenos y los rayos, yo desafío á las iras celestiales; cuando ellos se horrorizarian de atravesar esta calle, yo vengo á insultar esos fantasmas, y me rio de esa asquerosa calavera y pronuncio el nombre de *Susona*.

—¡Basta, amigo mio! eso es lo que no os perdonaré nunca, el que me llameis con el nombre de la judía. Si vierais, me horroriza el oirlo pronunciar, solo por esos cuentos tan terribles que referian mis abuelos.

—Pues yo pienso por el contrario: os llamo con el nombre de *Susona*, por que siendo fama que era tan hermosa, la verdad, os agradeceria veros convertida en la famosa judía, aunque fuera cosa de un momento.

La vieja contestó con un estraño visage, manifestando el disgusto que la causaba esta conversacion.

Mientras tanto que tuvo lugar este corto diálogo, ambos interlocutores se habian dirigido á una mezquina habitacion, situada en el fondo de aquella oscura mazmorra, que si bien podia estar dedicada á cualquiera otra clase de comercio, á primera vista solo parecia una miserable taberna. Unas cuantas mesas colocadas en desórden, una porcion de sillas en tropel, y un viejo mostrador coronado de jarros de licores, que servia de barrera al trono que habitualmente ocupaba la soberana del castillo, eran todos los muebles que constituian aquel establecimiento, erigido á la memoria del Dios Baco.

—Conque decidme, hermosa *Susona*....

—¡Caballero! esclamó la muger, interrumpiéndole nuevamente irritada, por Dios os pido que no pronuncieis mas ese nombre.

—¡Por los diablos os ruego, maldita vieja, que dejeis á un lado vuestros escrúpulos! Pero os queria preguntar si estamos solos en esta casa.

—Mucho siento que vuestros amigos, es decir, los mios, no hayan concurrido á celebrar vuestra diaria orgía. ¡Está la noche horrorosa! ¿No ois la tormenta y el agua que cae á torrentes?

—No hayais miedo, buena muger. Pero decidme, ¿estais enteramente sola? añadió el caballero con una espresion bastante significativa.

—Ya os comprendo.

—Basta. En esta habitacion inmediata os espero, dijo el nuevo huésped, abriendo una puerta que daba paso á una pequeña sala en donde tomó asiento.

—Sereis servido como deseais, caballero, contestó la vieja, añadiendo una ridícula cortesía.

II.

LA SORPRESA.

El personaje de que hasta ahora nos hemos ocupado era el jóven D. Miguel de Mañara, de una de las mejores familias de Sevilla, y heredero de una gran fortuna. —Pero ¿cual seria el objeto de sus nocturnas visitas á la taberna de la calle del *Atahud*?—Habiendo recibido una educacion brillante, y dotado de un talento poco comun, pudo sacudir el ominoso yugo de las preocupaciones de su época, hasta el estremo de haberse creado preocupaciones nuevas, tanto mas graves cuanto que no estaban en armonía con las de su tiempo. Despreciando los consejos de sus amigos, perdió el respeto á sus semejantes, emancipándose, por decirlo asi, de la sociedad, y entregándose á sus caprichos. Convencido de que encenagado en los vicios se hace menos aciaga nuestra efímera ecsistencia, lanzóse á rienda suelta en la senda de la prostitucion, cometiendo toda clase de escesos, hasta llegar á hacerse proverbial su estraordinaria conducta. Sus riquezas, modales finísimos y arrogante figura le habian hecho el ídolo del bello sexo, al cual subyugó bien pronto al soberbio carro de sus triunfos. Ni Dios, ni ley eran bastantes á poner freno al jóven disoluto. Un dia que burlára á una dama, que matára en duelo á un esposo, y que gozára del estruendo y algazara de un festin, constituia indudablemente uno de los mas felices de su vida.

Tal era la estraña conducta de nuestro héroe.

Algunos momentos se habian pasado, cuando volvió la vieja ama de la casa al cuarto de D. Miguel á servirle una botella de esquisito vino. Un instante despues, una jóven encantadora se presentó ante la vista de Mañara, afectando una sorpresa agradable por tan feliz encuentro. La frescura de su tez, sus maneras francas y sus gracias seductoras, armonizaban perfectamente con sus años juveniles.

—Buenas noches, D. Miguel, dijo la graciosa criatura.

—Tomad, hermosa *Jitanilla*, y brindemos por la tormenta! fue la única contestacion de Mañara, alargando una copa de vino á la recien llegada.

—¡Sois el mas atrevido calavera que he conocido! ¿Ni aun respetais el furor del cielo para escusar vuestras aventuras, cuando la ira de Dios parece mas ecsaltada?

—¿Qué os importa? Ahora mismo, estando á vuestro lado, desafiaria gustoso á los rayos celestiales.

—¡Por Dios, no digais eso!

—¡Os amo tanto, que sería imposible pasar una sola noche sin haceros una visita! ¿Qué es eso, no lo creeis?

—¿Lo dudais acaso, D. Miguel? Mi ecsistencia os la debo, mis alhajas, cuanto poseo es debido, sino á vuestro amor, al menos á vuestra generosidad... Pero no ois el viento que azota esos cristales y parece querer arrastrarlo todo en su velocidad? ¡Qué oscura y tenebrosa está la noche!

—Eso quiere decir que no será posible retirarme, y que podreis disponer de un nuevo huésped, porque os aseguro que mas que nunca me interesais esta noche.

—¿Es posible...? Acaso muy pronto llegaría mi esposo...

—Vuestro esposo... ¡Qué horror! Y llamais asi á un hombre á quien no os une otro vínculo que una lijera amistad tan solo en su provecho?

En este momento dos hombres de muy mala catadura habian entrado en la taberna,

sin ser vistos mas que por el ama de la casa. Tomaron asiento en la primera habitacion, donde fueron servidos con un buen jarro de vino.

—¿Ha venido el querido de la *Jitanilla*? dijo uno de ellos, dirigiéndose á la tabernera.

—No señor; contestó esta secamente.

—¡Rayo! dijo el mismo hablando con su compañero: ¡Qué noche!

—Tanto mejor para nuestra aventura, contestó el otro.

—¿Estais enteramente en los pormenores del plan?

—Sí; ¿él viene infaliblemente todas las noches, eh?

—No acostumbra á faltar jamás.

—¿Y el golpe será aqui mismo?

—Veremos. El querido de la *Jitanilla* llegará ya pronto, y él es nuestro gefe por esta noche.

—Sabeis lo que me ha ocurrido acerca del jóven que esperamos?

—Decid.

—Que bien puede faltar hoy á sus nocturnas escursiones, con motivo de esa lluvia tan abundante, ó tal vez cuando esto no suceda, no traernos preparado el rico botin que deseamos.

—No lo creo: es un jóven poderoso y despilfarrado, que por donde quiera vá derramando el oro, y haciendo alarde de sus magníficas alhajas.

Este diálogo fué seguido en voz baja y de una manera misteriosa.

Poco despues llegó un tercero á la misma habitacion: era el querido de la *Jitanilla*. En el instante en que se conocieron brilló un rayo de alegria en los semblantes de aquellos ridículos personajes.

—Señores, ¿ha llegado nuestra víctima? preguntó el recien llegado con una sonrisa amarga.

—Hace poco tiempo que hemos venido, y desde entonces nadie ha entrado, contestó uno de ellos.

Entre tanto que esto tenia lugar, D. Miguel y la *Jitanilla*, que ignoraban la escena que pasaba en la habitacion contigua, casi embriagados ya, se entregaban á requebrarse mútuamente. Cuando Mañara hubo alcanzado la hospitalidad que deseaba, gritó lleno de gozo:

—¡Vieja *Susona*! traed mas vino: y dando un fuerte porrazo sobre la mesa rompe los vasos que acababan de servirles.

A tan estraño ruido se sorprendieron los tres hombres que ocupaban la pieza inmediata. El querido de la *Jitanilla*, no pudiendo contener el placer que esperimentaba, esclamó alborozado:

—¡Albricias! amigos mios, él es! Ese cuya voz hemos oido es el corderito que vamos á devorar: veamos si está solo.

Ageno D. Miguel de Mañara de ser el objeto de las siniestras intenciones de aquellos hombres desalmados, solo pensaba en aquel momento en lo que él llamaba su felicidad.

—¡Hermosa mia, esta es para mi una noche deliciosa! decia á la seductora *Jitanilla*, que sintiendo ya los májicos efectos del vino, mientras sus mejillas se coloraban por el mas precioso carmin, y sus ojos bañados de un líquido transparente estaban fijos é inmóviles en D. Miguel, apretaba con un movimiento convulsivo entre sus cariñosas manos las de aquel arrogante jóven.

No pudiendo Mañara resistir impasible tan interesante perspectiva, arrimó sus

labios á los de la graciosa *Jitanilla*, y abrazando maquinalmente su delgadísima cintura parecia querer beber hasta el último aliento de aquella encantadora y voluptuosa criatura.

Un fuerte golpe descargado sobre uno de sus hombros fué lo único que pudo sacarle de su dulce arrobamiento.

Volvióse D. Miguel rápidamente, y se halló en su presencia con el de mas feroz aspecto de aquellos tres hombres.

—¡Qué atrevimiento, voto al diablo! ¿No sabeis, caballero, que esa mujer me pertenece? dijo el querido de la *Jitanilla*.

Fueron pronunciadas estas palabras con tanta frialdad, que desde luego dejaron entrever las intenciones del que las proferia, que eran solo de aprovechar esta feliz coyuntura para mover una quimera con Mañara, y llevar á cabo sus fatales proyectos.

Púsose en pie D. Miguel, y sin contestar palabra, sacudió tan tremendo bofeton á su contrario, que hízole guardar la distancia que naturalmente ecsistia entre ambas personas.

Viéndose D. Miguel bruscamente acometido por aquellos tres hombres, desenvainó su espada deseoso de pagarles bien cara su intentona: pero sentia Mañara muy embriagado su cerebro para sustentar aquella lucha. Los gritos de la vieja y de la *Jitanilla*, y las blasfemias de aquellos hombres sedientos de oro, alternaban con los fuertes golpes que de una y otra parte se repartian. Don Miguel llevaba precisamente lo peor de la pelea, por la desigualdad de las fuerzas; empero su valor y osadía, hasta entonces jamás desmentidos, suplian en gran parte la escasez respectiva de aquellas. Por una sagacidad combinada de antemano, fueron los bandidos retrocediendo paso á paso, hasta que con tan baja artería consiguieron sacar á la calle á su desgraciada víctima.

La *Jitanilla*, privada enteramente de sentido, y atropellada la tabernera en el furor de la lucha, no pudieron seguir á los infames que, fuera ya de la mezquina casa, acometieron con mas osadía al atrevido jóven, que, sin contar entonces con todas las fuerzas de que podia disponer, se defendia valerosamente. La calle del *Atahud* presentaba el aspecto mas aterrador y sombrio: mientras el agua descendia á torrentes y el viento zumbaba de una manera espantosa, un relámpago vino á disipar aquella densa oscuridad, iluminando tan encarnizado cuadro. Una fuerte cuchillada sacudida en la cabeza del mancebo, privándole completamente de sentido, hízole esclamar con voz casi ecsánime y balbuciente:

—¡Infames, me habeis muerto!

—¡*No hayas miedo, Mañara, que estás dentro del Atahud*! contestó una voz gruesa é imponente, añadiendo una horrible carcajada.

Los bandidos, luego que saquearon al desgraciado jóven, desaparecieron precipitadamente. Todo quedó en un profundo silencio. Un nuevo relámpago vino á iluminar aquella tranquila y horrorosa escena. Solo se vió el cuerpo del infeliz mancebo sumergido en un lodazal inmundo, y revolcándose entre la espuma de su propia sangre.

III.

EL ENTIERRO.

Algunos momentos despues de la catástrofe que acabamos de referir, un pro-

longado suspiro ecsalado de lo mas hondo del pecho, daba claros indicios de que D. Miguel tornaba á la razon perdida. Entonces intentó levantarse á duras penas; pero el estado de escesiva embriaguez que embargaba sus sentidos, la estraordinaria conmocion que su cerebro habia esperimentado, y la gran cantidad de sangre que manaba de su herida, no le permitian hacerlo con entera libertad. Cuando trabajosamente se hubo levantado y apoyado en la pared, dirigió una mirada en torno suyo, como queriendo recordar lo que acababa de suceder: pero todo fué en vano. En estas ocasiones de fuertes sacudimientos cerebrales, dificilmente puede retrogradar la memoria ni aun al último suceso. Asi es que, ageno de lo que le habia pasado, contentóse con tocar su cuerpo, y al ver el mal estado en que se hallaba sintióse apoderado del miedo por la primera vez en su vida, y un frio glacial corrió por sus miembros en un instante. Un trueno espantoso se escuchó en aquel momento, y un rayo de luz vino á alumbrar claramente la fatídica calle del *Atahud*. A tan sombrio cuadro mil dolorosos recuerdos asaltaron la imajinacion de D. Miguel, que ciego de ira llevó las manos á los ojos y lanzó un grito de furor, sintiendo de nuevo desfallecerse sus sentidos.

Hay ocasiones en esta vida en que el hombre mas desmoralizado y de corazon mas empedernido, se halla dispuesto á recibir las dulces emociones que proporcionan los sublimes recuerdos de nuestra relijion santa. Cuando el mas perverso y encenagado en los vicios llega á ver el mundo por el prisma de la realidad, su alma elevándose en intuitivas meditaciones y asombrada ante el horroroso aspecto de la disolucion, huye veloz de ella y busca ansioso la paz de los bienaventurados.

Tal era el periódo transitivo que realmente estaba prócsimo á atravesar el desgraciado jóven D. Miguel de Mañara, cuando un lúgubre campaneo vino á herir melancólicamente sus oidos. Un sobrecojimiento relijioso se apoderó de él en aquel momento, disipando el terror que al mismo tiempo podia causarle una luz fuerte que vió aparecer pausadamente por una de las estremidades de la calle. Esperando obtener el amparo de alguna persona en medio de su lastimoso estado, se dirigia aunque con trabajo hacia el lugar en que divisaba aquel resplandor que veia aumentarse sucesivamente, acompañado de un agradable murmullo que le traia el viento. Pero, cual fué su sorpresa al ver multitud de luces que formando dos largas hileras guardaban ecsacta simetria, ocupando del uno al otro lado de la calle! Mañara tenia suficiente valor y despreocupacion para no creer en brujas ni fantasmas, pero no pudo menos de retroceder algunos pasos casi involuntariamente. Al mismo tiempo observó que todas las campanas de la ciudad empezaron á tocar á muerto, formando una lúgubre armonía que puso miedo en su corazon. En vista de aquel fúnebre acompañamiento, conduciendo en medio un féretro, y de los ritos que la iglesia consagra á los que mueren, juzgó que seria algun entierro lo que se le habia aparecido. D. Miguel quedó mudo de espanto y como petrificado: dudó si seria todo un sueño, ó efecto acaso de su embriaguez, determinándose finalmente á esperar el desenlace de aquella escena.—Un entierro.... se decia á sí mismo; á estas horas.... y en esta calle.... esto.... ¡por Dios, que es misterioso....! en fin.... veremos!—Al primero de los de la comitiva preguntó de esta manera:

—Buen hombre, sabeis quien es el muerto?

—D. Miguel de Mañara, contestó el acompañante.

—¡Mientes, bribon! díjole enfurecido y sintiendo el mal estado en que se hallaba

por no poderle pagar bien cara una broma tan pesada y de tan mal gusto, en su concepto.

Deseoso Mañara de tener conocimiento de aquello, no titubeó en preguntar á otro por segunda vez:

—Amigo, ¿quereis decirme el nombre del que llevan á enterrar?

—El jóven atolondrado D. Miguel de Mañara, á quien mas que yo conoceis.

Fué pronunciada esta contestacion con un acento tan espresivo, que altamente irritado D. Miguel, lanzóse sobre el que de tal modo se la diera, el cual escapando súbitamente le dejó burlado. Quiso Mañara echar mano á su espada, sin acordarse de que la habia perdido en la refriega; pero un poder misterioso parecia detenerle: un movimiento convulsivo se apoderó de él en aquel momento. Sin embargo, no quiso dejar de preguntar por tercera vez.

—Padre mio, dijo humildemente á uno de los que iban al lado del féretro, si es posible que me lo digais, quisiera saber el nombre de ese desgraciado.

El sacerdote se dirigió atentamente á D. Miguel, y con voz solemne le dijo:

—¡Caballero Mañara, sois vos mismo! acercaos y lo vereis!

Con la velocidad del rayo se lanzó D. Miguel en medio de los de la comitiva; fijó los ojos en el cadáver con tal espresion que parecia quererlo devorar con su vista; de repente se inyectaron sus ojos, adquiriendo una espresion feroz; sus labios cárdenos se ajitaron convulsivamente; sus mandibulas chocaron de una manera espantosa; sus cabellos se erizaron, flaquearon sus piernas, y como en un acceso de delirio esclamó con voz atronadora:

—¡Dios mio, qué veo...! ¡Mi imágen...! ¡Yo mismo...! ¡Socorro...! ¡Dios mio...! ¡Perdonadme...!!!

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, lanzó un grito horroroso y cayó sobre el cadáver.

IV.

LA CONVERSION.

Pasado algun tiempo de esta vision estraordinaria, y desengañado D. Miguel de la pompa y de las vanidades del mundo, consagró los restantes años de su vida al ejercicio de la virtud mas austera, cediendo sus riquezas para la fundacion del *Hospital de la Caridad*, que hoy ecsiste en Sevilla, en cuyo benéfico establecimiento hizo una vida ejemplar, dedicándose él mismo á los actos de piedad y misericordia para con sus semejantes, por lo cual ha conseguido dejar para siempre eternizada su memoria.

.....

Algunos años despues, tuvieron un dia de luto todos los que habitaban aquel piadoso establecimiento. En una de las principales enfermerías se hallaba el cadáver de un hombre perverso y orgulloso en otro tiempo, y que acababa de morir como modelo de virtud y mansedumbre. A su lado se encontraba una de esas caritativas mujeres, que, vistiendo el tosco sayal, se dedicaban á cuidar de sus hermanos en el lecho del dolor. Arrodillada al lado de aquel cuerpo inanimado, y dirigida al cielo en religiosa plegaria, parecia elevar sus fervientes votos por la salvacion de aquel hombre. La virtuosa criatura que esto hacia era la *Jitanilla*, que derramaba abundoso lloro sobre el frio cadáver de su buen amigo y protector D. Miguel de Mañara.

José Gutierrez de la Vega.